

Capítulo 1

- No, Quique, por favor no insistas. ¡Mi respuesta será siempre no!
- Pero Papá, por lo menos deja que te explique. También es de la partida el Prof. Bravo.
- No inventes hijo. A Bravo ya se le acabaron sus viajes y sus ascensiones. El matrimonio le ha cortado las alas.
- Despacio Papá, que puede oírte. El Profesor ha venido conmigo. ¿Por qué no conversas con él antes de cerrarte así?
- Seguro que lo haré y le diré mi opinión sobre el andinismo y esa máxima locura que tiene ahora en la cabeza.

A instancias de Quique, le he acompañado a su casa para obtener el permiso de sus padres, para que pueda participar en una expedición al Aconcagua. Estoy sentado muy cómodamente tratando de leer una revista, pero no puedo sustraerme a la tentación de escuchar el diálogo que se desarrolla en la habitación vecina. Tomo debida cuenta de que el clima no es muy propicio para mi misión y trato de ordenar mis argumentos. Don Tercilio Tanoni, padre de Quique, viene hacia donde estoy. Su esposa le hace una última reconvención:

- No hables demasiado, Tercilio. Eres muy fácil de convencer. Acuérdate de lo del Perú. El saludo de ambos esposos es cordial, pero no logran disimular la contrariedad del momento que están pasando. Don Tercilio no se anda con circunloquios
- Y bien Profesor, ¿qué es eso que quieren hacer ahora?
- Simplemente ir al Aconcagua y he venido a solicitar la autorización de Uds, para Quique
- Pero amigo, ¿es que no tienen suficiente ya con el andinismo? Empezaron con los Nevados del Aconquija, siguieron con la Panticalla y ahora quieren ir a la Cordillera. ¿Por qué no son como los demás? Vayan a Tafí del Valle o a Mar del Plata. ¿Para qué ir a sacrificarse, pasar hambre y frío y exponer el pellejo encima?

Don Tercilio no me deja interponer una protesta.

-Véalo al Quique, qué delgado está. Ha dado exámenes en julio y ha perdido varios kilos. Ahora está preparándose para los turnos de noviembre y diciembre y según él en marzo recién va a regularizar su tercer año. ¿Cuándo entonces va a reponerse este muchacho? El Aconcagua no es un juego Profesor, Ud. bien lo sabe y fuera de Ud. todos los otros son demasiado jóvenes y sin experiencia.

Las palabras de Don Tercilio son muy sensatas y es difícil rebatirlo a su razonamiento. Me doy tiempo haciendo una digresión de buena política.

-Tiene Ud. razón Don Tercilio. El calendario universitario y el régimen de estudios no son muy racionales. Nuestros estudiantes viven en una cadena de exámenes. En nuestra universidad nunca se estudia con intensidad ni tampoco se disfruta de las vacaciones con intensidad. Pero si no se hace montaña en enero o febrero ¿cuándo vamos a disponer de tanto tiempo para un proyecto de un mes?

La Mamá de Quique, que se ha mantenido en un segundo plano, hasta el momento entra en la conversación agresivamente.

-Pero esa idea de ir al Aconcagua que Ud. les ha puesto en la cabeza, ¡es una locura!

Doña C. ha remarcado con énfasis el **Ud.**

-Como madre me voy a poner a que Quique vaya. Ya tendrá tiempo de hacer su voluntad cuando sea mayor. No le des el permiso Tercilio. He leído en un libro de ellos, que mucha gente ha muerto en ese cerro y no eran precisamente novatos. Si Quique va, lo hace bajo tu sola responsabilidad.

Las palabras brotan de los labios de Quique, con un poco de rabia y de impotencia.

-No se trata de tener o no fe. Ya tu padre lo dijo. El Aconcagua es para gente grande y endurecida y Uds. son unos mocosos todavía. –Perdone Ud. la expresión Profesor, pero este chico me saca de las casillas.

Doña C. prosigue un poco más calmada.

-No pongo en tela de juicio la capacidad del Profesor. Él es mayor de edad y parece que no le importa que su madre sufra.

-Si, es posible que mi madre sufra cuando participo de una expedición. En un principio también me combatía como Ud. lo hace ahora con Quique. Ahora parece que se ha resignado y tiene fe en que voy a volver.

Antes de que la señora reaccione le pregunto sorprendidamente.

- Es Ud. católica, ¿verdad?, doña C. Bueno, entonces debe saber mejor que yo que a Dios le pertenece el comienzo y el fin de la madeja y cada uno puede desarrollarla como quiere.

-Sí, eso es cierto. Pero nadie puede cortar a voluntad el hilo.

-Pero señora, Ud. esta presuponiendo con eso de que ir al Aconcagua es suicidarse y no lo puedo admitir.

Doña C. tiene la lógica de las madres y sobre todo de las madres que viven para sus hijos. No debo permitir que la fuerza de sus sentimientos induzca a Don Tercilio a una posición irrevocable. Estoy disgustado conmigo mismo, pues no puedo encausar esta escaramuza verbal como corresponde. Poseo una carta de triunfo que me la dio Quique al referirme una aventura juvenil de Don Tercilio. Pero no encuentro la oportunidad para jugarla. Trato de ordenar la disputa.

-Antes de proseguir, deseo dejar debidamente aclarado que no he puesto nada en la cabeza de Quique, como Ud. afirmó señora. El autor del Proyecto Aconcagua es su propio hijo. Él y Mario lo defendieron con calor en el Club, y ahora es un poco tarde para volver atrás.

-Tal vez eso sea cierto, pero Ud. les ha inculcado esa idea rara de trepar montañas.

-Eso es prehistoria, Doña C. He arrojado una semilla y la tierra era buena. Ellos marchan solos ahora. El proceso es irreversible y no nos queda a los mayores otra posibilidad que ayudarlos y capacitarlos más, para que no cometan errores que pueden ser sensibles.

-Antes no me oponía tan enérgicamente por que no iban a montañas tan peligrosas. Pero ahora se cargan con piolas, clavos, martillos y esas argollas de hierro. –se llaman mosquetones, Mamá-apunta Quique, y supongo que ya no es un simple juego.

-Ese material contribuye a hacer más segura una marcha por un terreno con algún peligro, me apresuro a aclarar.

- ¿Más seguro, dice Ud.? He visto las fotos que tomaron cuando vino el Sr. Fava. Me estremecía de solo pensar que Quique estuviera allí.

-Quique también hizo escalada Doña C. y le puedo certificar que nade se ha muerto utilizando sensatamente el material de escalada.

-Ud. lo dirá, Profesor, pero yo no me quedo tranquila cuando los veo partir para la montaña.

-Hay una cuestión Doña C. que me agradaría contestar con sinceridad. ¿Cree Ud. que su esposo no corre ningún peligro cuando sale en una excursión de pesca? Si Ud. lo hubiera visto, como yo, saltar entre las peñas húmedas tratando de sacar una trucha, le advierto que no dejaría salir.

-Además. ¿Don Tercilio, le enseñó a su señora los recortes periodísticos sobre cierta tentativa de unir Tucumán con Santiago, hecha por dos audaces jóvenes? ¿Y que si mal no estoy informado terminó con el naufragio de la canoa?

-Sí creo que le he contado. En esa oportunidad, escapamos por un milagro. La creciente del Salí era muy brava y el río llevaba muchos troncos a la deriva.

-Ya lo ve señora, hay cosas que Ud. ha aceptado y acepta en su esposo y no las tolera en Quique. ¿No cree que su posición es injusta?

Doña C. ha quedado pensativa, y en el rostro de Don Tercilio, hay una sonrisa que está significando, bueno que vaya "el Quique". El oportuno recuerdo hizo su efecto.

-No se ponga triste, señora, no abrigue temores que no existen. Vamos a hacer las cosas bien. Ya lo verá.

-Una vez más ha salido con la suya, Profesor. Cuando vengan sus hijos, será otra cosa, advierte resignada.